tan lamentable, es cosa harto sensible, pero harto frecuente.

El espectáculo del infierno que acabo de pintarte, aunque imperfectamente, es motivo suficiente para que te entregues, siquiera sea por algunos momentos, á la contemplacion de las eternas verdades, y esta meditacion te hará concebir un saludable horror al pecado, un deseo eficaz de confesarte bien, y sobre todo un justo temor por la condenacion eterna. ¿Cuál te parece es la causa de que el mundo se halle cuajado de iniquidades? ¿Cuál el motivo de que tantísimas almas caigan en el abismo del infierno? Pues advierte que la causa de esto es la poca contemplacion en las verdades de la salvacion eterna, la poca meditacion sobre esa eternidad que nos espera despues del sepulcro. Si ¡el hombre meditase con interés sobre el negocio de la salvacion, entónces, ¡cuán suave le parecería la ley de la confesion! ¡Cuán ligeras las penitencias, cuán gustosas las mortificaciones, cuán dulces los

trabajos, y con qué interés escucharía los remordimientos de su conciencia! Apresurémonos á derramar en la tierra amargas lágrimas por nuestros pecados, aprovechemos la ocasion miéntras dura el tiempo del perdon, nuestras lágrimas de arrepentimiento nos cerrarán el abismo de la eternidad desgraciada, y nos abrirán las puertas de la eternidad bienaventurada.

Lo que es la virtud, medios de obtenerla y bienes que acarrea.

Despues de haber explicado lo que es el pecado, los males que acarrea y los horrorosos castigos que por él se merecen, es muy justo hacer una breve explicacion de lo que es la virtud, y el grande galardon que está preparado en el Cielo para los virtuosos, esto es, para los fieles servidores de Dios, á fin de que te animes más y más á aborrecer el pecado y á seguir la virtud en atencion á la grande recompensa que por ella se merece. La

virtud, hablando en general, es la reunion ó práctica de todas las buenas obras hechas con la sana intencion de agradar á Dios, y conseguir la recompensa que Dios tiene preparada en el Cielo para los que le aman en la tierra. En este sentido el hombre se llama virtuoso. Es verdad que la virtud tiene varias divisiones ó varios caractéres por donde se distingue una virtud de otra, llevando unas el nombre de virtudes Teologales, otras Morales y otras Cardinales; pero todas estas virtudes reunidas en el hombre es lo que constituye el glorioso timbre de virtuoso.

El hombre criado para el Cielo, necesita llevar una vida virtuosa si ha de llegar á ese lugar de delicia, en donde están reunidos todos los bienes y todas las felicidades; pero no olvide que la virtud es el único camino que conduce á esta felicidad eterna.

Para poder seguir rectamente por el camino de la virtud, el hombre necesita los auxilios divinos, y éstos los consigue

si se los pide á Dios de todo corazon. Siendo tantos los escollos con que el hombre tropieza en la vida, siendo tan fuertes y tan osados los enemigos que le cercan, que cual furiosos leones le embisten por todas partes para hacerle caer en pecado y abandonar la virtud, es claro que si quiere salir triunfante de los varios y repetidos ataques que por necesidad ha de experimentar, necesita los auxilios de la divina gracia, y con ellos debe presentarse con valor al combate, seguro de conseguir la victoria. Porque, ¿qué es el hombre para confiar en sus propias fuerzas? ¡Ah! El hombre, sér débil y flaco, enervado bajo el peso de las pasiones, en vano buscaría el triunfo en sus mismas fuerzas, porque éstas son muy escasas en comparacion de las vehementes tentaciones con que sus enemigos le acometen; pero armado con la gracia, y fortalecido con los auxilios divinos, no tema salir al campo de batalla, pues de seguro hará huir avergonzados á sus eternos enemigos,

pues éstos son muy débiles cuando se les opone una resistencia venida de lo alto. El hombre para triunfar necesita hacerse violencia á sí mismo, esto es, necesita poner un dique al torrente devastador de las pasiones, despreciar sus falsos halagos, rechazar con energía las tendencias de la naturaleza corrompida, y despreciar con valor las inclinaciones que lleva consigo. Necesita orar, meditar, humillarse, mortificar su carne, sus apetitos y sentidos, derrramando así el mortífero veneno que en doradas copas le ofrecen los enemigos de su eterna salvacion.

La vida del hombre es un combate continuado en el que tiene que habérselas y luchar á brazo partido con el mundo, con el demonio y con la carne; pero si triunfa al fin de este combate le espera en premio una felicidad eterna.

Y, ¿quién será tan falto de juicio que por no querer violentarse á sí mismo en el tiempo, se prive de ser dichoso en la eternidad? Y, ¿quién será tan necio que por no

sufrir un poco de molestia y rechazar las pasiones pierde para siempre la recompensa que espera en el Cielo á los servidores de Dios? ¿Qué son los placeres que ofrecen las pasiones en comparacion de los horrorosos castigos que esperan á los que las siguen? ¿Qué son los trabajos de la vida en comparacion de las recompensas del Cielo? ¿Qué son las felicidades terrenas en comparacion de las felicidades celestiales? ¿Qué el tiempo en comparacion de la eternidad? Nada, nada es lo del mundo en comparacion de lo que hay más allá del sepulcro. Y, no obstante, muchos son los ciegos que no ven, ó no quieren ver estas diferencias tan interesantes; muchos son los sordos que no oyen, ó no quieren oir tan saludables avisos; muchos los ciegos de espíritu que mostrándose interesadísimos por las cosas de la tierra, miran con indiferencia y áun con desprecio las del Cielo; muchos y muchísimos son, en fin, los que pierden para siempre, y sin esperanza de conseguirlo jamás, lo que algun

dia pudieron alcanzar sin más trabajo, si trabajo puede llamarse la virtud.

Así, pues, el pecado es el mayor de los males, el mal por excelencia que puede acometer al hombre, mal con el cual se denigra, se envilece y se hace aborrecible ante Dios, ante los ángeles y ante los hombres. La virtud, por el contrario, es el mayor bien por excelencia que engrandece al hombre y le eleva á una altura muy superior á la que el mundo puede darle, pues le conduce con seguridad á ocupar un dia un puesto glorioso en la pátria celestial. El pecado proporciona al hombre aflicciones, penas y trabajos, y la virtud le acarrea las delicias del alma, la tranquilidad de espíritu y la alegría del corazon. ¡Oh cuán dichoso es el hombre de virtud! Para él todos los trabajos y miserias de la vida se convierten en delicias y riquezas, pues mira esta penalidad como medios enviados por Dios para alcanzar y poseer un dia el conjunto de todos los bienes verdaderos y el colmo de las verdade-

ras riquezas. Nada le asusta ante este pensamiento grandioso, y en prueba de ello desafía con heróico valor los tormentos y la muerte, y suspira por las delicias del Cielo que es la verdadera vida. Mirad sino al virtuoso tranquilo y alegre en medio de las mayores aflicciones, é inmóvil como una roca ante las furiosas borrascas de las pasiones; es que tiene el corazon puesto en Dios, por cuya posesion suspira y desea descansar. Pero la virtud no solamente proporciona en esta vida la felicidad y sosiego de aquí abajo, sino que marcha mucho más allá, y se eleva á la consecucion de otra felicidad infinitamente mayor. ¿Quieres saber cuál es esta felicidad? Pronto quedarán satisfechos tus deseos.

La posesion de Dios, he aquí la verdadera felicidad; en la posesion de Dios quedan satisfechos todos los deseos de nuestro corazon. Estos deseos del corazon se dirigen á Dios, cuya posesion es su fin y su centro, y solo la posesion de Dios

puede llenar este gran vacío de nuestro corazon. Y si no, dime, ¿en qué consiste que el hombre no se satisface con nada de lo que hay en el mundo? Si el hombre consigue una cosa que deseaba, sean honores, riquezas ó dignidades, ¿cómo es que aún no está satisfecho y desea y aspira á otras? ¡Ah! Es que los deseos de su corazon no se llenan con las cosas de la tierra, y aunque poseyese todo el mundo, aún le queda un gran vacío que llenar; este gran vacío es la posesion de Dios. El corazon del hombre busca una cosa que no puede encontrar sobre la tierra, aspira á las delicias del Cielo, y por eso le fastidia todo lo que hay en la tierra. A propósito de esto, dice San Agustin: «Nos criaste para tí é inquieto está nuestro corazon hasta que descanse en tí.» Sí, está inquieto, pues así como todas las cosas buscan naturalmente su centro, así nuestro corazon busca á Dios, que es su centro, el fin de sus aspiraciones y nuestra única felicidad.

Con razon puede exclamar un alma verdaderamente cristiana: ¿Cuándo acabará mi peregrinacion en este valle de lágrimas? ¿Cuándo subiré, Dios mio, á disfrutar de vuestra dulce y amorosa vista en el Cielo? Yo siento en mí una fuerte inclinacion que me mueve á buscar paz, contento y felicidad; pero como estas cosas no se hallan plenamente en la tierra, mi corazon suspira por el Cielo en donde se disfrutan en toda su plenitud. Yo no hallo en las criaturas sino miseria, sinsabor y fastidio; nada de este mundo me satisface, todo me es amargo é insípido, y si algo de bien llego alguna vez á saborear, la satisfaccion que percibo es tan superficial y mezquina que léjos de saciar mis deseos los enciende y los irrita. ¿Cuándo, Señor, acabará este destierro? ¿Cuándo cesará este estado de agitacion y de congoja? ¿Cuándo subiré á esos tabernáculos eternos y gozaré de vuestra dulce y amable presencia?

Hé aquí los suspiros de un alma verda-

deramente virtuosa; eleva su espíritu al Cielo y contempla las inefables delicias que le esperan. El alma virtuosa, cuanto más contempla estas delicias, tanto más quiere contemplarlas, pues, como dice San Cirilo, levanta sus ojos al Cielo y vive de su recuerdo, como viajero que allí se dirige. El pensamiento del Cielo reanima el valor abatido, hace perseverar á los buenos y lleva el arrepentimiento al corazon del pecador. Pero entremos ya á contemplar las delicias celestiales.

Miéntras los buenos cristianos viven en la tierra practicando obras de virtud y amor de Dios, labran la corona de gloria que un dia ha de ceñir sus sienes en la celestial Jerusalem, y en medio de las aflicciones propias de esta vida viven alegres y contentos esperando la hora de gozar de lleno de la alegría y paz verdaderas, que consiste en ver á Dios cara á cara, y en gozar de su amable presencia contemplando sus inefables perfecciones por toda la eternidad.

Figúrate cuál será la alegría de un alma virtuosa cuando al desprenderse del cuerpo se presenta en el Tribunal del divino Juez á darle cuenta de sus acciones, y que este divino Juez pronuncia sobre aquella alma inocente la sentencia de salvacion. ¡Ah! Cual palomita que habiendo logrado desenredarse del lazo en que la había cogido el diestro cazador, vuela alegre por el aire y celebra con variedad de vuelos su nueva libertad, así el alma verdaderamente cristiana y virtuosa se desprenderá de este cuerpo corruptible, y dando un tierno adios á este valle de lágrimas levantará el vuelo en compañía de los ángeles hácia la region de la felicidad.

No hay para qué explicar la satisfaccion, la alegría y regocijo de este alma bienaventurada que en pocos instantes es trasladada desde su aposento á la mansion de los escogidos. Con razon podrá exclamar llena de trasportes de alegría: ¡Bendita pátria! Cuántos suspiros y lá-

grimas me has costado; pero al fin he logrado poseerte. Ángeles que guardais las puertas de esa ciudad santa, abridlas á este alma que sube del desierto y desfallece por ver á su Dios.

Esta alegría crecerá de punto cuando vea que salen á su encuentro todos los moradores de la Córte Celestial, y que en medio de las más festivas aclamaciones vienen á recibirla y á darla el parabien de su feliz llegada. Lo que experimentará esta alma al ver el triunfo y solemnidad con que los bienaventurados celebran su entrada en aquel reino de la inmortalidad, yo no lo sabré decir; solo sí diré que si la sola conversion de un pecador á la gracia, que puede volver á la culpa y condenarse, causa tanta alegría en el Cielo, que la celebran con una gran fiesta, como dice Jesucristo, ¿cuál será cuando vean entrar en él á un justo que saben que ha de ser su eterno compañero de felicidad?

Luégo que hayan pasado estos primeros trasportes de alegría, entremos en la

ciudad, le dirán los ángeles sus conductores, y al entrar, ¡oh Dios! qué perspectiva tan bella se presentará á su vista: mira, le dirán, mira la ciudad de perfecta hermosura, el gozo de toda la tierra, el Tabernáculo de Dios, la Jerusalem bienaventurada. ¡Oh vista, oh explendor, oh hermosura! ¿Cuál será, pues, su júbilo cuando por primera vez ponga la vista en aquel reino bienaventurado y en los felices moradores que en él habitan? ¡Oh señor, dirá, oh señor de las virtudes, cuán amables son vuestros Tabernáculos! Mi corazon desfallece contemplando tanta belleza y hermosura. Y que se preguntará á sí mismo en medio de tanto regocijo. ¿Yo habitaré eternamente en este Paraiso? ¿Estos Santos, serán siempre mis compañeros y amigos? ¿Conversaré siempre con ellos y formaremos juntos un solo corazon y una misma voluntad? ¡Oh qué compañía tan amable!

No bien habrá contemplado tanta belleza, tanta dicha y felicidad, cuando ya

se presentará á su vista un nuevo objeto que hará subir de punto la medida de su admiracion, pues dirigiéndose de nuevo los ángeles á esta alma dichosa, levanta, le dirán; levanta la vista y mira allá arriba á María Santísima, tu dulce Madre, y nuestra Reina y Señora: mírala sentada en aquel Trono de indecible gloria, acércate á ella, pues ya te espera para darte un dulce abrazo.

¡Oh qué objeto tan hermoso se presentará á su vista! Si cuando estaba en esta vida mortal era ya la más hermosa de las mujeres, como lo asegura el Espíritu Santo; si su belleza era tal, que asegura San Dionisio que al verla faltó poco para pensar que era Dios, ¿qué será en el Cielo, donde segun la vision que tuvo San Juan, está calzada de la luna, vestida del sol, coronada de estrellas y sentada en un trono superior al de las celestes inteligencias? ¡Ah! que al ver tanta gloria y belleza bajaría avergonzado la vista si la Señora, con una dulce sonrisa, no la diese

CAPILLA ALFONSINA

aliento; pero como en medio de su grandeza tiene un corazon de Madre, como su elevacion no le ha quitado un ápice de aquella amabilidad que siempre le fué natural, ántes por el contrario, lo ha aumentado y perfeccionado, le hará una señal amorosa para que se acerque á su Trono. Lo que hará, lo que dirá puesta allí en su presencia alma tan dichosa, yo no lo sabré decir; pero parece que despues de dar á la Soberana Reina las más expresivas gracias por los oficios de Madre que siempre ejerció con ella, publicará en alta voz, y á presencia de toda la Córte Celestial, que despues de Dios á María Santísima debe su salvacion.

Cuando haya tributado á la Reina de los ángeles los homenajes que prescribe la justicia y la gratitud, sube más arriba, le dirán los ángeles, y verás al gran Monarca de este reino bienaventurado. Aquí es necesario advertir que Dios, al entrar un justo en el Cielo, infunde en su mente aquella luz que los teólogos llaman luz

de la gloria á favor de la cual verá á Dios, no bajo figuras y enigmas como en este mundo le vemos con los ojos de la fe, sino cara á cara, como dice San Pablo; es decir, que los bienaventurados ven con claridad su misma esencia y las infinitas perfecciones que encierra. El júbilo, la admiracion que causará en aquella alma la vista de Dios, es cosa que no puede explicarse. El Real Profeta dice que quedará como embriagada de amor, y que será sumergida en un torrente de delicias y dulzuras.

Ver á Dios cara á cara, poseer á Dios, gozar de Dios y contemplar sus infinitas perfecciones; hé aquí en qué consiste la eterna bienaventuranza. Y, ¿quién será capaz de dar una idea exacta de ella? Eso es cosa que ni yo puedo explicar ni tú puedes comprender: baste saber que es la felicidad de las felicidades, el goce de todas las delicias, el colmo de todos los bienes y la posesion de la verdadera dicha.

La alegría, el júbilo y satisfaccion que

CAPILLA ALFONSINA

causen en el alma todas estas cosas, se aumentará sobremanera con la certeza de que no ha de tener fin. En este mundo miserable los placeres más dulces, los reinos más florecientes, las más grandes fortunas han de acabar, y este solo pensamiento aflige el corazon de quien lo posee. Pero en el Cielo, ¡oh! en el Cielo nuestra dicha será eterna é inalterable. Siempre estaremos en compañía de Dios, siempre seremos dichosos con Dios, y siempre gozaremos de su misma felicidad; volarán como momentos los dias, pasarán como instantes los años, correrán como ligeras sombras los siglos, y nuestra dicha siempre será igual, siempre llena, siempre nueva y perfecta.

Tal es el premio que espera al que ha seguido el camino de la virtud, premio eterno é infinito, así como castigo infinito y eterno espera al que ha seguido el camino del vicio. El camino de la virtud es muy estrecho, es camino de abnegacion, de sufrimientos y de humildad; el

camino del vicio, por el contrario, es camino de goces, pero de goces mundanos que se convierten en penas; es camino muy ancho que ofrece placeres, pero placeres falsos que se convierten en amarguras; es camino de alegría, pero de una alegría mundana que se convierte en tristeza; es camino sembrado de flores, pero de unas flores cuyo olor se cambia en un hedor insufrible. Por este camino son muchos los insensatos que marchan, pero al fin vienen á caer en un precipicio horrendo, que es el infierno. Si quieres ser feliz en la eternidad, sigue el camino de la virtud: en el tiempo no te detengas ante las aparentes dificultades que te se presenten; pide á Dios los divinos auxilios para vencerlas, y así conseguirás el Cielo, único y exclusivo fin de nuestras aspiraciones.

La virtud conduce al Cielo, el pecado conduce al infierno; si por desgracia has perdido el derecho de ir al Cielo por haber cometido algun pecado mortal,

CAPILLA ALFONSINA

tienes á tu disposicion un medio seguro é infalible de volver á adquirir ese derecho, es la confesion. Sí, la confesion sincera y humilde es el Sacramento de reconciliacion entre Dios y los hombres. En la buena confesion está el remedio, acude á ella si quieres ser feliz por toda la eternidad.

Como el objeto principal de esta obra sea enseñarte á hacer una buena confesion, voy á tratar de cada una de sus partes, á fin de que te instruyas convenientemente en un asunto tan importante del que depende nada ménos que la salvacion eterna. Espero que este trabajo é instruccion produzca un grande efecto en tu alma. Nada más consolador para mí que, atendiendo á las verdades que te he expuesto, y á las reflexiones saludables que preceden, y á las que te expondré más adelante, dieses un paso avanzado en órden á tu eterna salvacion. Esto sería mi único consuelo y alegría, y esta tu verdadera dicha y felicidad.